



CIENCIAS,
LETRAS,
ARTES
É INTERESES GENERALES,

Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Administrador de la REVISTA DEL TURIA, Teruel.

No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos.

Véanse los precios de suscripcion en la cubierta.

SUMARIO.

Crónica, por Ricardito.
Elocuencia de un cadáver, por D. Manuel Polo y Peyrolón.
Metió la pata, por D. Eladio Albéniz.
Camino de Trapisonda, por D. Ramiro Blanco.
Miscelánea.—Anuncios, en la cubierta.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores en descubierto con esta administración, que tengan á bien hacer efectivo el importe de sus abonos por los medios que estimen más convenientes.

CRÓNICA.

CONTINÚA abierto el peligro en el solar de la calle de San Juan, núm. 3o.

Y la carne mal inspeccionada y peor pesada.

Y la mayor parte de lo que compramos para comer y para beber resulta en iguales condiciones de caro, mal pesado ó medido y además sofisticado.

Si aquí no fuera costumbre, ya vieja, la que tienen las autoridades de no hacer caso de la prensa cuando denuncia actos contrarios al bien general, porque el corregirlos de-

manda algo de trabajo y energía y además han de perder parte de su popularidad al hacerse *mal de querer*, ya verían ustedes como esto se mejoraba notablemente despues de haber impuesto y hecho efectivas algunas multas y empleado á *Sardina* dos ó tres días por esas calles pintando rótulos en las puertas de los establecimientos en donde se abastece al público y se venden artículos averiados, sofisticados y faltos de peso diciendo poco mas ó menos así: «Aquí se da gato por liebre.» «Comprobado por el Ayuntamiento.»

Este es un procedimiento que está dando grandes resultados en otras partes.

Bastante razón és esta para que aquí no pueda ó no deba ser adoptado.

A no ser que el Sr. Ordáx, antiguo periodista, conocedor de los muchos abusos y negligencias que á este propósito existen en Teruel, no los corte desde el alto puesto que hoy ocupa.

Aunque suponemos, con fundamento, que las candidaturas ministeriales para diputados provinciales todavía sufrirán alguna modificación hasta fin de mes, vamos á dar los nombres de los que figuran en ellas con mas probabilidades de contraer lazos con D.^a Sinceridad.

Distrito de Teruel.—D. Manuel Gómez Alaestante.—D. Francisco Garzarán é Izquierdo.—D. Juan Miguel Ferrer y D. José Vicent.

Distrito de Montalbán.—D. Raimundo Rivera y Navarro.—Don Jaime Royo.—D. Melchor Valenzuela y Domingo y D. Mariano Latorre (menor).

Pretenderán ganar acta por el primer distrito como representan-

tes del partido liberal-conservador y del republicano histórico, respectivamente, los señores D. Bartolomé Esteban y Marin y D. Mariano Muñoz Nougués.

Por el de Montalbán todavía no hay designado candidato conservador y aunque se dice que pondrá sitio á un puesto el posibilista Don Mariano Rivera, no se asegura.

También D. Enrique Vela busca votos para su candidatura.

Pocos días faltan ya para prepararse y acordar la última decisión, tal vez una crisis porque se nota cierto malestar, cierto descontento entre los candidatos ministeriales que no podrán aguantar hasta el día de la lucha. Muchos duendes debe haber en su casa porque ninguno duerme tranquilo en ella.

El candidato ministerial D. Francisco Garzarán se encuentra convaleciente de la grave enfermedad que recientemente ha puesto en peligro su vida. Mucho celebraremos que pronto se restablezca completamente.

Con motivo de algunos descuidos en la custodia de los fondos existentes en la depositaria provincial, sin que haya resultado ningún perjuicio para los intereses materiales de la provincia, se habla de ciertos recibos que han aparecido en poder del depositario suscritos por algunos diputados y ex-diputados y en los cuales se acredita que han recibido de él cantidades.

Nosotros no creemos que sea causa justa de descrédito para ningún diputado el tener deudas, pero tenerlas con el depositario provincial, tal vez distrayendo su mayor ó menor cuantía de obligaciones sagradas del presupuesto pro-

vincial, nos parece y és censurable en alto grado.

La primera consecuencia de estos *infundios* ha sido que la tropa empieza á romperse la crisma, esto es, que ya no cobra este más el personal de la secretaría, y se deben cuatro á instrucción pública y en la Casa provincial de Beneficencia se debe á todo el mundo y... que si Dios no lo remedia ó los diputados no estudian con verdadero interés los medios de mejorar la situación económica del presupuesto provincial, examinando luego con detenimiento y prolijidad la inversión de los ingresos, pronto se lo llevará todo la trampa.

Y no se hará nada de provecho mientras la diputación no celebre en cada período 15 sesiones por lo menos. Venir tres ó cuatro días para pedir una escopeta al Gobernador, un estanco al delegado de Hacienda y una recomendación para la audiencia, y de prisa y corriendo celebrar dos ó tres sesiones, es lo mismo que si no hubiera Diputación y los Jefes de las diferentes dependencias provinciales acordáran lo que estimáran más conveniente.

El ministro de Gracia y Justicia ha firmado una real orden creando tres laboratorios de medicina legal para las operaciones que por falta de peritos ó medios necesarios al efecto, no pudieran verificarse con arreglo á lo dispuesto en la ley de Enjuiciamiento, á cuyo efecto se establecerá un centro en Madrid y otros en Barcelona y Sevilla.

Desde el próximo día 15 de Setiembre se practicarán por dichos laboratorios, los cuales evacuarán también las consultas é investigaciones que les sean encomendadas

por los juzgados de instrucción y Audiencias de lo criminal.

Las Audiencias de la Coruña, Oviedo, Burgos, Valladolid, Valencia, Albacete y Madrid, utilizarán los servicios del laboratorio central: Barcelona, Pamplona, Zaragoza y Baleares, del de Barcelona; y Sevilla, Cáceres, Granada y Canarias, los del de Sevilla, sin perjuicio de lo dispuesto en la ley de Enjuiciamiento.

A estas operaciones podrán concurrir el perito ó peritos que los procesados y querellantes tienen derecho á nombrar.

Dichos laboratorios estarán sujetos á la inspección del ministro de Gracia y Justicia, y funcionarán bajo la dependencia de las Audiencias respectivas.

El laboratorio de Madrid constará:

De un jefe doctor en medicina, de un profesor auxiliar, doctor ó licenciado en ciencias físico-químicas, doctor en farmacia ó ingeniero dedicado á esa especialidad química, otro profesor auxiliar y un mozo.

Los de Barcelona y Sevilla, de un jefe doctor en medicina, un profesor auxiliar y un mozo.

El importe de los gastos se consignará en los próximos presupuestos, y el personal facultativo será nombrado, previo concurso por el ministro de Gracia y Justicia, nombrándole por ahora interinamente para que dichos laboratorios puedan funcionar desde el 15 de Setiembre.

El ayuntamiento ha acordado, con buen acierto, antes de pasar más adelante en el proyecto de abastecimiento de aguas para esta capital procedentes de la Peña del Macho, que se practique un análi-

sis de ellas tomándolas en el manantial y que se informe respecto á la calidad y cantidad.

Tendremos mucho gusto en conocer á su tiempo estos trabajos y ofrecemos examinarlos para decir nuestra opinión.

Una nueva disposición que viene á lesionar los intereses del país aragonés, en el ramo de ferrocarriles, que por lo visto está en desgracia.

Escribe un periódico madrileño:

«El señor Montero Ríos, antes de marcharse á la posesión de las Navas de la duquesa de Medinaceli dejó firmada una Réal orden infringiendo la ley general de ferrocarriles de 1870, que hicieron las Constituyentes para favorecer las provincias que se llamaban entonces desheredadas, en la cual incluyó una línea general que, partiendo de Valencia por Utiel, Landete con un ramal á Teruel y otro á las minas de Henarejos, empalmase con la de Aranjuez á Cuenca; y por una Real orden dictada *ab irato*, en virtud de exposición del Banco Regional valenciano, que se comprometió á construir dicha línea sin subvención, ha concedido, según pedía dicho Banco, que termine en Utiel, perjudicando así á las provincias de Teruel y Cuenca.

Esto de infringir una ley por una Real orden, puede ser un caso de responsabilidad ministerial.»

Teruel aislada de Cuenca y Valencia por el ramal de Landete que suprime Montero Ríos, jamás olvidará á *ese cura*, como le llamaba Prín, á ese varón de las romanas virtudes como le acreditan sus justicieras disposiciones en estos momentos históricos.

La Diputación provincial de Córdoba será llevada á los tribunales, según el informe evacuado por el Consejo de Estado en varias consultas dirigidas al alto Cuerpo, por desaparición de algunas láminas,

simulación de suministros de medicinas á los establecimientos de beneficencia y obras hechas por administración sin haber intentado la subasta pública, y cuyo importe asciende á pesetas 300.000.

A las doce del día 7 de Setiembre próximo se subastará simultáneamente en la Intendencia Militar de este distrito y comisarías de Guerra de Huesca, Teruel y Jaca, la adquisición de aceite, petróleo y carbón necesarios á dichas factorías.

Según nos escriben de los baños de Segura es grande la animación y concurrencia que se nota en aquel balneario, cuyas aguas gozan de extraordinaria reputación contra las enfermedades de la vista especialmente cuando proceden de un vicio reumático. Hemos oído citar nombres de personas muy conocidas en el país, como el conde de Alberola, el rector de las escuelas pías de Alcañiz, señor Catalán, D. Vicente Reig, el Director de la Caja general de depósitos D. Ramón Oliveros y la hermana política de D. Pascual Lasarte que han encontrado en el uso de estas aguas la curación ó el inmediato alivio de las enfermedades del órgano visual, cuyo tratamiento presenta más dificultades.

El emperador de la China visitó hace pocos días las tumbas que encierran los restos de sus antepasados, haciéndose acompañar de un séquito de 20.000 personas.

El hijo del cielo hizo el viaje en un palanquin, con grandes vidrieras de cristales, llevado en hombros por 16 conductores de la misma estatura. Entre los personajes que formaban la co-

mitiva se veían los presidentes de trece Ministerios en sillas de manos.

El camino que conduce desde el palacio al sitio en que se hallan las tumbas de la familia imperial fué cuidadosamente nivelado para evitar todo género de molestias al emperador.

Las autoridades prohibieron en absoluto al pueblo que presenciase desde la calle el paso del cortejo, pero los fieles súbditos burlaron el mandato haciendo agujeros en las paredes y en las puertas de sus casas para contemplar desde allí, siquiera fuese imperfectamente, la fisonomía del hijo del cielo y de la reina regente.

Cuando la procesión llegó al campo se levantó la prohibición, permitiendo á los campesinos el presenciarse el paso de la comitiva, con la precisa condición de hincar ambas rodillas en el suelo y saludar reverentemente al emperador á una distancia de 20 metros cuando menos.

El señor ministro de Fomento ha dirigido á las Diputaciones la siguiente circular:

«Sabiendo que muchas de las secciones provinciales de Fomento se hallan en un estado de deplorable abandono, he dispuesto que se proceda inmediatamente por esa sección á ordenar los papeles y á regularizar todos sus servicios, para que en el preciso término de seis meses, quede normalizada la marcha de la Administración, y ordenado el archivo de esa dependencia, y que terminado ese plazo se gire una visita de inspección á todas las secciones para apreciar si se ha cumplido fiel y exactamente esta disposición.»

Buena falta hace que se cumpla la circular en esta sección de Fomento, famosa desde hace mucho tiempo, y venga seguidamente la inspección que se promete.

El día 11 se encargó de la delegación de Hacienda de esta provincia D. Ernesto Boneta, interventor del ramo que era en Ciudad Real. Viene precedido de buena fama como empleado laborioso y probo.

En esta quincena hemos tenido el gusto de ver salir del ministerio de Hacienda al famoso Camacho, no se sabe de cierto si dimitido ó por haber presentado él la dimisión. Ello es que se muestra muy descontento y hasta airado con sus compañeros que fueron de ministerio.

Consúelese el Sr. Camacho considerando que por grande que sea su descontento con aquellos, es infinitamente mayor el de los contribuyentes é industriales casi arruinados por sus odiados planes.

Lo que es menester que hombres como él, cuyo principal resorte económico consiste en estrujar al contribuyente, no pisen jamás el ministerio de Hacienda.

Una cosa es reformar y otra es hacer tortillas.

RICARDITO.

ELOCUENCIA DE UN CADÁVER.

I.

QUERA sábado y la estrecha, empinada y alta escalera de caracol, semejante á la de una torre, no podía estar más limpia y sus ladrillos sanguinolentos relucían, húmedos, como si el lavatorio acabara de efectuarse. Con lo cual queda dicho, que estamos en Valencia, pues en dicha ciudad se lavan los pavimentos de las casas todos los sábados, usando y hasta abusando de tan antihigiénico medio de limpieza. Tan limpias como la escalera estaban todas las habitaciones, y singularmente el cuarto tercero, de aquella pobre casa. Lo habitan una anciana y su hija única, y aunque todo respira aseo, todo es pobre como el barrio de que forma parte el edificio y los cincuenta reales al mes, que aquellas dos mujeres pagan al casero por el cuarto.

El cual se remonta hácia las nubes sobre sesenta peldaños y se compone única.

mente de dos piezas. La primera, estrecha y larga á modo de pasillo, ostenta á mano derecha entrando, un banco de azulejos de Manises, con su hornilla de hierro, coronada por un conato de chimenea; más allá, en el rincón, la ventana del pozo y entre ambos la pila de piedra ó *pica*, como en Valencia dicen, que lo mismo sirve para fregar, que para lavar. Comunica este pasillo-cocina, debilmente iluminado, con la segunda pieza de la habitación, que es una salita, con alcoba antigua y grande y un balcón de tiradillo, que da á cierto patio interior, convertido en taller de carpintería por el inquilino del piso bajo. Veíanse en la alcoba dos camas pobres, pero limpias y cómodas, y una percha llena de ropas de mujer. Cortinas de cretona florida y rameada, recogidas sobre clavos romanos de latón, adornaban la puerta de la alcoba, y otra de muselina blanca, sin recoger, cernía por entre su fina urdimbre los raudales de luz, que á ciertas horas penetraban por el balcón. Había en éste seis macetas con albahaca, sándalo, dos clavelinas, una mata de jazmín, y un rosal enano, que le daban aspecto de jardín colgante, lo que se comprenderá sabiendo que madre é hija eran apasionadísimas por las flores; y amueblaban, por último, la salita, una cómoda de pino, pintada imitando nogal, media docena de sillas de Vitoria, un sillón redondo y de brazos, sin pintar, un espejo y varios marcos sencillos con estampas cromolitográficas de santos.

Tal es el nido, digamos algo ahora de los pájaros, que lo habitan. Se llaman: la madre, Ruperta, y la hija, Inés. El marido y padre respectivamente de estas dos mujeres, fué uno de los pocos comerciantes de ultramarinos, que no solamente no se hizo rico, sino que quebró tan de buena fe y tan honradamente, que ambos esposos de común acuerdo, para pagar á sus acreedores, vendieron hasta las ropas de su particular uso, acción que fué muy elogiada; pero que les dejó en la calle, sin oficio, ni beneficio y sin poder mantener, ni educar á su inocente hija. El comerciante no pudo resistir tan duro golpe y falleció poco despues, dejando en el mayor desamparo á su mujer é hija. La señora Ruperta, más piadosa y por ende más resignada que su difunto marido, sacó fuerzas de su propia flaqueza y penuria, trabajó como una negra y entre ocupaciones de toda clase y huelgas for-

zosas, fué tirando, tirando, hasta que colocó á su Inés, ya mocita, en una guantería de la calle de Campaneros. La muchacha era naturalmente habilidosa, modesta y trabajadora como su madre y, bien penetrada de su situación, se aplicó de tal manera, é hizo tales adelantos en el manejo de la máquina de coser guantes de cabritilla, que empezaba á ganar doce reales diarios, cuando la señora Ruperta, harta sin duda de sufrir y llorar, cegó inopinadamente, sin que los oculistas valencianos supieran curarla, ni se atreviesen á conservar en la negra noche de la pobre ciega la menor vislumbre de esperanza. En cambio de desgracia tan grande comenzó á gozar desde aquel día un bienestar relativo y una tranquilidad á que no estaba acostumbrada. El sostenimiento de la casa y manutención de las dos, quedó á cargo de la hija, y la madre se encerró en su cuarto y se sepultó á la fuerza en aquel sillón de pino, pasando allí las horas y los días enteros, haciendo medias de algodón, casi automáticamente, con cuyo producto se permitían madre é hija, de tarde en tarde, pequeños desahogos.

II.

Era sábado, según dije al empezar este boceto, y como

no hay sábado sin sol,
ni doncella sin amor,

poco después de amanecer daba ya el sol en el alto y florido balcón de la señora Ruperta y, aunque para la pobre ciega estaban demás tales resplandores, es lo cierto que el sol sacudió sus hebras de oro sobre los jazmines, rosas, claveles, y plantas aromáticas de aquel balcón, convertido en fragante ramillete; y como se empeñó en colarse en la salita, Inés descorrió suavemente la cortina blanca, abrió el balcón sin que rechinasen los goznes de las puertas, echó una mirada sobre el taller del carpintero, empuñó la escoba y en un periquete y casi sin hacer ruido, dejó la salita y la cocina tan limpias, lavadas y frescas como la escalera.

La pobre ciega dió media vuelta en su cama, suspiró hondo, se desperezó fuerte y dijo:

—¿Por qué madrugas tanto, Inesilla?

—Porque es sábado y antes de marchar á la guantería, quiero dejar el cuarto como una rosa.

—Para los ojos que lo ven, trabajo perdido, hija.

—Basta con que usted lo sienta y lo vea yo, madre.

—Es verdad, querida, es verdad: no puede tener limpia la conciencia, mujer que tenga sucia su casa... ¡Ahí!... Por la señal de la santa cruz... vamos arriba y fuera pereza.

—No se levante usted tan pronto madre.

—¿No te has levantado tú al romper el día, hija?

—Pero tenía que hacer... y usted...

—Ya se qué no sirvo mas que de estorbo...

—No señora, usted no estorba á nadie; mas bien es usted el único-consuelo de esta huérfana.

Aunque apagados para siempre, los ojos de la señora Ruperta se cuajaron de lágrimas y la pobre ciega, ya vestida, salía de la alcoba enjugándose los ojos y buscando á tientas y en silencio á su hija. Inés le dió la mano y la señora Ruperta abrazó á la moza, y cubrió su frente de repetidos y prolongados besos.

La terneza es contagiosa é Inés se conmovió también, correspondiendo á las caricias de su madre con otras análogas, aunque menos estrepitosas.

La señora Ruperta se sentó en silla baja é Inés peinó con todo el esmero del mundo las venerables canas de su madre. Ocupó luego Inés la sillita, deshizo y destrenzó su abundante y negra cabellera y la señora Ruperta peinó, recogió y ató con una cinta la hermosa mata de pelo de su hija. Inés ultimó su peinado delante del espejo y arrancando de una de las clavelinas del balcón un clavel doble y carmineo, adornó con él su rodete.

La verdad es que la hija de la ciega era erguida, alta, de ojos rasgados y grandes, sonrosadas mejillas, boca graciosa y dentadura más blanca que el marfil y tan igual y menuda como una sarta de piñones. No era vanidosa y sin embargo ella misma contemplaba con gusto su imagen en el espejo. Lo cual no impedía que se dedicase con entusiasmo á los más groseros y repulsivos oficios domésticos, sin acordarse para nada de su linda figura y como pudiera hacerlo la fregona más zafia.

Mientras Inés encendía fuego en la hornilla del pasillo para improvisar el parco almuerzo, la señora Ruperta besó un

Cristo de barro, que pendiente de una punta de París tenía en la sala entre el balcón y la alcoba y arrodillándose rezó las oraciones de la mañana. Buscó después á tientas la empezada calceta, se sentó en el sillón de pino y moviendo rápidamente las agujas dió comienzo á su cotidiana tarea.

—¿Sabes, Inés (decía entre tanto la venerable ciega) que Juanón el carpintero de abajo, creyendo que habías vuelto, subió á verte ayer tarde, entre dos luces?

—Pues desde la guantería me vine derecha á casa, sin detenerme en ninguna parte.

—Y sin embargo, yo creo, como Juanón, que ayer viniste más tarde que otros días. ¿Te acompañó alguno?

—Sí, señora: no se lo he dicho á usted antes para no alarmarla, porque no hay motivo.

—¿Lo conoces?

—De vista; se pasa las horas muertas paseándome la calle frente á la guantería y muchas noches se empeña en acompañarme hasta la misma puerta de casa.

—¡Ay, hija, no consientas semejante cosa! Si tiene buenas intenciones y propósitos formales, que se entienda conmigo.

—Pero, madre, si hasta ahora no me ha dicho mas que chicoleos.

—¡Por Dios, hija mía! Mira que los pobres no tenemos mas patrimonio que el de la honra.

—Descuide usted, madre, que, gracias á Dios, tengo á quien parecerme.

—Es que no basta que tú seas tan buena como, gracias á María Santísima, Dios te ha hecho; sino que es necesario, además, hija mia, que evites la ocasión y el peligro.

—No pase usted pena, madre que es un mozo muy fino.

—¿Señorito?

—No lo sé. El viste de corto; pero con tanta finura y elegancia, que se me antoja un señorito disfrazado.

—¡Jesús, Inés, Jesús! Y teniendo tales sospechas ¿te dejas acompañar por él? y ¿permities que te hable y se te acerque?

—Pero ¿qué quiere usted que haga, madre?

—Despedirle con cajas destempladas.

—Eso se dice más facilmente que se hace. La primera vez que tropecé con él, saliendo de la guantería, me habló como otro chulapo cualquiera; pero yo me

avergoncé, eche á correr y le dejé con un palmo de narices. Desde entonces, no puede usted figurarse lo respetuoso y amable que está conmigo. Muchos días se contenta con pasar largos ratos, suspirando y mirándome desde el patio que hay frente á la guantería; otros me sigue, me sigue en silencio y no se acerca hasta que yo vuelvo la cabeza y, cuando me acompaña, si nota que callo ó le parece que me incomodo me dice en seguida: —Si usted lo quiere, Inesita, me retiro. Me causa verdadera pena el pensar que sin querer, disgusto á usted algunas veces.—¿Qué he de hacer yo entonces? ¿Plantarle de patas en el arroyo? No me parece regular. Si se desmanda... descuide usted, señora madre, descuide usted, que no tendrá frio.

—Inés de mi alma, ¡ojo, ojo, y mucho ojo! Mira que ese mozo ó es un tonto de capirote ó un pillo redomado. ¿Y no sabes qué oficio tiene, en dónde vive, de qué familia es, cómo se llama?

—Se llama Dieguito; pero no sé más y, como evita siempre tales conversaciones, tampoco he podido averiguar otra cosa.

—¡Qué diferencia, hija mia, qué diferencia entre el tal Dieguito y Juanón!

—Sí, pero es tan feo...

—En cambio tiene alma muy hermosa, que debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor. Tan hombre de bien, tan trabajador, tan buen amigo... Tú lo sabes, Inés, lo mismo que yo. ¿Quién nos presta un duro el día que nos hace falta? Juanón. Cuando ni tú, ni yo podemos salir de casa ¿quién nos sirve de mandadero? Juanón. ¿Quién hace compañía á tu madre, cuando el trabajo se lo permite, y la pobre ciega se queda aquí sola en su sillón, horas de las horas, esperándote? Juanón, hija y siempre Juanón.

—Ya se ve, ha sabido ganarle la voluntad y para usted no hay como Juanón en el mundo.

—Desengáñate, Inés, por la peana se adora el santo. Juanón sirve y mimaba á la madre por la hija, te lo he dicho y repetido muchas veces: está perdidamente enamorado de ti y podrás encontrar por esos mundos otro menos feo y más pintamonas; pero más honrado... lo dificulto.

—Pero, madre, si yo aprecio también el carpintero como se merece...

—No basta apreciarle, hija. Ya que ha puesto en tí los ojos (¡Dios sea bendito!) preciso es quererle para marido, porque

no sólo es hombre de bien á carta cabal, sino que como su carpintería marcha viento en popa, dentro de pocos años, si no tiene una desgracia, será rico.

—Bueno, madre, bueno; dejémonos de historias y vamos á almorzar.

Lo hicieron así, atizó Inés la hornilla dejó el puchero cociendo, se arrebujo en su graciosa mantilla de tafetán y dando un beso á la señora Ruperta, dijo:

—Adios, madre, hasta medio dia. Si oye usted que se sale el puchero, destápele usted; pero cuidadito con quemarse, ni caerse.

—Adios, hija y ten tú mas cuidado con el tal Dieguito, que yo con las caidas y el fuego.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN

(Se continuará.)

METIÓ LA PATA.

Era el sargento Perales, cuando sirvió en San Marcial, entre todos los sargentos el más dado á bien hablar. Y hablar bien para Perales era no hablar natural, sino hablar con elegancia en cualquier tiempo y lugar, trayendo siempre en los labios términos de aquí y de allá, pero todos elegantes, todos finos á cual más. Perales era algo bruto; pero á fuerza de estudiar estaba en punto á expresarse á una altura... colosal. Sabia decir *mendigo, mente, ameno, liviandad*, y sabia otras mil frases para poder alternar no solo con los sargentos, sino con el capitán. Cuando Perales oía, tal vez por casualidad, alguna palabra estraña, que no le sonaba mal, se la apropiaba al momento; que él no tenia otro afán que el de hablar con elegancia y con mucha propiedad. Hubiera sido afrentoso no saber él contestar en términos elegantes

si un día algun oficial le honraba con su palabra en lenguaje no vulgar; porque era lo que Perales decia al sargento Mas: la pregunta y la respuesta en igual tono han de estar. Un día del mes de Junio (creo que fué el de San Juan) á punto que en el cuartel iban á rancho á tocar, salia de la cantina mi Perales muy formal, cuando el capitán Martinez, que no se rie jamás, se le acerca y le pregunta como queriendo indagar: —¿Hay alguién en la cantina? —No hay *dingüen*, mi capitán

ELADIO ALBÉNIZ.

CAMINO DE TRAPISONDA.

(Continuación.)

II.

DE resultados del exceso en la comida que hizo en el cenador tuvo el joven una de esas indigestiones que forman época en la vida de un individuo, pues en un *trís* estuvo que no muriera de empacho, él que siempre creyó morir de hambre; en cinco días no pudo abandonar el lecho, y hay que hacer justicia á los caritativos sentimientos de Aurora, que le asistió durante su enfermedad con verdadero interés.

Antón ¡oh milagro! había perdido el apetito; y aún le costaba trabajo sorber alguna que otra taza del suculento caldo de gallina que con cariñosa mano le ofrecía Aurora.

Por último, entró en convalecencia y paseaba algunos ratos por el jardín, acompañado de la hermosa rubia.

Había Antón observado (porque no tenía pelo de tonto) que esta pertenecía al número de esas mujeres caprichosas y superficiales que se enamoran de todo lo extraordinario y que se cuidan poco de la moral; y aunque, á decir verdad, le había impulsado el Hambre á precipitar una declaración amorosa, para la cual eran precisas más calma y diplomacia, como

advirtiera que semejante conducta había hecho el efecto de un *golpe de Estado*, se propuso atacar de frente y con rapidez la fortaleza y no perder tiempo en vanas insinuaciones; además, estaba ya andado la mitad del camino.

Una hermosa tarde hablaban los dos jóvenes sentados en rústico banco de madera, al que daba sombra frondoso árbol: Antón se cercioró de que nadie les espía y acarició lentamente con sus labios la sonrosada mano de su compañera.

—¿Qué hace usted? dijo esta entre admirada y sonriente y procurando, por pura fórmula, ponerse seria.

—¿Que qué hago? murmuró Antón acariciándola de nuevo; ya lo ves, te miro entusiasmado y te digo que eres la mujer que yo soñé.

—Pero, caballero...

—No me lames caballero.

—Pero, Antón...

—Si dices que no me amas... soy capaz de matarme, ó matarte, ó más bien dicho, de arrebatarte de esta quinta y llevarte conmigo al fin del mundo. ¿Lo oyes?

—Pues bien; yo también te amo. ¿Para qué ocultártelo por más tiempo? Si hubierassido un hombre frío, sin expresión... tímido, apenas si te hubiera brindado por un día hospitalidad; pero eres ardiente, impetuoso, atrevido... Así debe ser la juventud.

—Lo que yo decía, pensó el joven, he dado en el *quid*. ¡Hay tantas mujeres como esta!

Antón, completamente restablecido de su enfermedad, comía por siete, sin acordarse ya de la pasada indigestión, y aunque su amiga no era fea, bien se puede afirmar que más por la comida que por ella continuaba sus requiebros.

Pero cuando guían al amor otros fines que los de satisfacer una necesidad del alma, resulta que pronto se extingue la ficticia llama que enciende en los ojos la propia conveniencia.

Por más que el joven trataba de aparentar una pasión que estaba muy lejos de sentir, conocía que por momentos se hastiaba de Aurora, y si no había huído ya de la quinta, era porque recordaba aquel espectro terrible que sin cesar le había seguido durante tanto tiempo y temía volver á sufrir las pasadas angustias.

Aurora, por su parte, estaba al correr

te de la situación pecuniaria del joven, y adivinando que gracias á ella comenzaba á ponerse gordo y colorado, creía tenerle seguro.

El marido continuaba en Trapisonda.

Pasaron dos meses y ya se le hizo á Antón insoportable la compañía de Aurora; estaba á su lado el menos tiempo posible, y como su estómago nada le pedía, no deseaba nada, no hacía nada, no pensaba en nada y se aburría, se aburría soberanamente.

Por vía de distracción comenzó una tarde á pellizcar á Rosita, que era la doncella de Aurora, una muchacha delgada, chatilla y algo bisoja; pero Antón era hombre de gustos muy variados, y hallaba en la doméstica ciertos encantos que no poseía la señora. Desgraciadamente sorprendió esta al joven en aquel inocente pasatiempo, y sintió herido su orgullo, su amor propio: algo así parecido á los celos...

Aurora no carecía de talento, y por lo tanto, en vez de sofocarse y producir un escándalo en que su dignidad de señora y ama de casa quedaría mal parada, despidió á Rosita con un gesto, y

—Mañana, dijo á Antón, llega mi esposo; creo que he cumplido los deberes de hospitalidad dando á usted albergue durante dos meses; pero como quiera que no agradaría mucho á mi marido ver á usted aquí...

—Comprendo, interrumpió el joven; muy buenas tardes.

Y cogiendo su sombrero se lo caló hasta los ojos y salió de la quinta.

Aurora al verse sola rompió á llorar, pero fué de rabia.

—¡Pospuesta á mi criada! se decía. Pero bien me vengo de ese perdido; que se muera de hambre por esos campos.

Antón, en cambio, estaba casi alegre; dos horas antes había comido, y como la libertad es un dón precioso, no fué dueño de contener su entusiasmo, y tirando en alto su sombrero, gritó:

—¡Viva la libertad!

Este grito le recordó su Patria y se quedó algo pensativo; pero no por eso detuvo el paso, y al anochecer estaba ya á tres leguas de la quinta.

No viendo por allí albergue alguno se sentó al pié de un árbol y se durmió como un bienaventurado; pero á eso de la media noche le despertó un terrible trueno, y al abrir los ojos el brillo irresistible de dos relámpagos sucesivos le des-

lumbró; al propio tiempo comenzó á desencadenarse uno de esos chubascos que recuerdan el diluvio universal, y el pobre Antón tuvo que aguantarle á pié firme.

Así trascurrió la noche.

A la madrugada fué alejándose la tempestad, salió el sol por un horizonte despejado, y Antón, hecho una sopa y tiritando, pues era ya el primer día de Noviembre y las mañanas refescaban mucho, siguió su camino procurando evitar la sombra de los árboles á fin de que los rayos del sol secaran su ropa.

Así anduvo todo el día, atravesando campos, saltando cercas, metiéndose hasta las rodillas en los grandes charcos que había formado el aguacero de la noche anterior, y sin atreverse á llamar á ninguna puerta.

Al anochecer detuvo su marcha, cruzó los brazos y se dijo:

—¿Qué haré?

Luego advirtió cierta sombra que estaba á su lado: era el Hambre.

—¿Otra vez tú aquí? la dijo. Vive Dios que ya me había olvidado de tí.

—Tal vida has llevado, dijo el fantasma.

—Pero ya me aburría.

—Por eso vengo yo á distraerte.

—¿Sabes que estás más fea que antes?

—Eso consiste en que te habías ya acostumbrado á no verme.

Dijo el Hambre, y se acercó á Antón para hacerle, según su costumbre, cosquillas en el estómago.

El joven no hizo caso y se echó á dormir sobre un montón de paja que sin duda habrían abandonado algunos pastores; logró conciliar el sueño pero por la mañana al despertar le pareció que su compañera el Hambre era tan inmensa, que tocaba con la cabeza en las nubes.

—¡Qué barbaridad! exclamó levantándose; esta señora va adquiriendo proporciones gigantescas y acabará por anonadarme.

Y se quedó pensativo.

—No seas necio, le dijo la sombra, vuelve al lado de Aurorita y pídele perdón; te dará de comer.

—Me dará de comer... repitió Antón maquinalmente.

—Sí; ya sabes que allí hay buenamesa.

—Es verdad; pero Aurora me empalaga.

—¿Te empalagan aquellos capones rellenos?

—Nó.

—¿Y aquellas colas de carnero fritas?

—Nó.

—¿Y aquel pollo con alcaparras?

—Nó.

—¿Pues bien. ¿A qué esperas?

—Tienes razón; volvamos á la quinta.

Y orientándose como pudo el hambriento Antón, dió tantas vueltas y tal actividad y maña desplegó, que antes del medio día llamaba á la puerta de la quinta.

Salió una nueva criada.

—¿Está la señora?

—Sí, señor almorzando.

—¡Almorzando! Dila que está aquí un antiguo amigo suyo; pero nó, tengo confianza y conozco la casa: voy allá.

Atropelló casi Anton á la doméstica, subió de cuatro en cuatro los escalones y cayó como una bomba en el comedor. Aurora al verle dió un grito de sorpresa con mezcla de alegría; pero se contuvo á tiempo y exclamó con voz grave y glacial:

—Qué se le ofrece á usted, caballero?

—¿Eso me preguntas, Aurora?

Trató de acercarse á ella, pero una mirada fría y altanera le impidió verificarlo.

—No comprendo ese lenguaje, dijo ella.

—Perdone usted, repuso Antón inclinándose y echando el ojo á un suculento estofado de vaca; perdone usted, pero creí...

—Nada hay entre nosotros de común, caballero.

—Comprendo, Aurora, que he cometido una falta...

En aquel momento trajo la muchacha una fuente de perdigones con criadillas, y al colocarla sobre la mesa, tanto la aproximó á la nariz del joven que este sintió como un vértigo.

—Sí señora, una falta imperdonable, continuó diciendo; pero puede usted creer que mi amor, mi amor...

Aurora parecía no escucharle y se puso á comer una lonja de merluza con salsa de avellanas.

—Es usted un hombre indigno, dijo luego.

Antón se sonrojó, mas se contuvo.

—Si... murmuró; pero ¿y el arrepentimiento?

Nada contestó Aurora, y después de retirar el plato de la merluza la emprendió con unos pastelillos de ternera; ella se los comía con la boca y Antón con los ojos; sufría el pobre chico el suplicio de Tántalo: ya no podía aguantar mas... necesitaba comer.

—¿Me perdona usted? tartamudeó.

Aurora nada dijo.

—¿Pero no soy digno de perdón? repitió cayendo de rodillas.

El mismo silencio.

—Aurora, Aurora, no seas rencorosa. decía Antón con las lágrimas en los ojos y mirando al través de ellas, no la cara de tan suspirada mujer, sino una lengua de vaca, que era más elocuente para el que la de Cicerón; yo seré tu esclavo, jamás me separaré de tí y te adoraré eternamente.

Aurora comenzó á enternecerse; pero continuaba seria.

—¿Me prometes, le dijo, serme constante?

—Sí.

—¿Te doblegarás á todos mis caprichos?

—Sí.

—¿Me considerarás mucho?

—Sí.

Quedóse Aurora pensativa, y el joven también pensaba en la conversación que sostuvo con el Hambre antes de volver á la quinta; habia contestado al fantasma con tres advervios negativos, y ahora contestaba á Aurora con otros tantos afirmativos...; esto le recordó un juego antiguo de prendas, muy conocido en su país, y que se titula: *tres veces sí y tres veces no*.

¡Ay! ahora le jugaba también, pero con desventaja.

Aurora rompió el silencio y dijo al joven, que continuaba de rodillas:

•—Bien, bésame la mano.

El joven la besó con los dientes.

—Ahora... ya estás perdonado.

Apenas Anton cumplió con los ceremoniales de rúbrica en semejantes reconciliaciones, le faltó el tiempo para ponerse á comer ó más bien dicho á devorar cuanto halló al alcance de las manos: era inminente una segunda indigestión.

Cuando estuvo completamente satisfecho, miró á Aurora y se puso encarnado como una cereza madura.

—¡Cuántas bajezas hace cometer el Hambre! se dijo.

(Se continuará.)

RAMIRO BLANCO.

MISCELÁNEA.

PRECIOS DE GRANOS EN ESTE MERCADO.

Chamorra.	32 á 33 rs. fan. ^a
Idem ordinaria.	30 á 31 »
Royo.	27 á 27.50 »
Jeja.	27 á 28 »
Morcacho.	19 á 20 »
Centeno.	16.50 »
Cebada.	16 »

ELIXIR DE ANÍS.

AGUARDIENTE DE VINO, SIN MEZCLA
DE ALCOHOL INDUSTRIAL.

Tónico.—Estimulante.—Estomacal.

10 rs. botella.—8 rs. litro.

Farmacia de Adan—Teruel—

Solita, ó amores archiplatónicos por D. Manuel Polo y Peñolón.—Elegantemente impresa sobre papel satinado, con viñetas, tipos elzevierianos y cubierta á dos tintas, acaba de publicarse esta novela, original, de costumbres valencianas contemporáneas; y al precio de diez reales se vende en las principales librerías. El autor la remite también á correo vuelto. Por vía de prólogo lleva al frente una monografía sobre *naturalismo literario*, premiada en público certamen por la Sociedad Económica de Alicante con medalla de oro y título de socio de mérito. El autor (que vive Eubon, 7, Valencia) la remite á correo vuelto.

Gran suscripción musical, la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de zarzuela que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo. Á elección de los suscritores, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín—Correo, 4—Madrid.—Corresponsal en Teruel, Adolfo Cebreiro—San Esteban—5.

Las primeras brisas otoñales despiertan una grave preocupación en el ánimo de las señoras todas, y singularmente en el de las madres de familia. Hay que prepararse á recibir la estación de los frocos, tan dura y prolongada, proveyendo á la necesidad de nuevos trajes, abrigos, sombreros, etc. ó de reformar los antiguos, y todo esto, mediante una

ordenada distribución del presupuesto doméstico; medida de prudencia, que en modo alguno se aviene mal con el buen gusto.

En estos casos es cuando principalmente se reconoce la utilidad y el valor práctico de una publicación especial que, como la antigua y acreditada *Moda Elegante Ilustrada*, pone al alcance de las señoras, sin distinción de categorías sociales, los medios de poder confeccionar *en casa* toda clase de prendas de vestir, para su propio uso y el de sus hijos, gracias á la considerable cantidad de modelos, figurines, patrones trazados en tamaño natural, y explicaciones minuciosas que da en cada número de sus cuatro distintas ediciones, cuyos precios varían entre 40 pesetas al año y 4.25 por tres meses.

La Administración de *La Moda Elegante Ilustrada* (Carretas, 12, principal, Madrid) envía gratis el prospecto y un número de muestra á cuantas señoras desean imponerse de las condiciones materiales de la publicación.

La Guirnalda, que ha realizado importantes mejoras en su texto, publica grabados de modas y labores que en nada desmerecen de los periódicos de más lujo, y en su verdadera especialidad de dibujos para bordar es el que da pliegos nutridos de infinidad de modelos de la mayor utilidad para Colegios, Escuelas y para las familias todas, que encuentran en esta publicación, la más barata de las del bello sexo, cuanto pueden necesitar para sus labores y para vestir con elegancia. Es sin disputa la que más se recomienda al público.

La Correspondencia Musical es, sin duda, el mejor periódico de teatros, música y bellas artes que se publica en España. Los mejores artistas nacionales y extranjeros colaboran en él, y la música que reparte á sus abonados en cada número es selecta y de mediana dificultad. Se suscribe en el almacén de música y pianos del Sr. Zozaya, carrera de San Jerónimo, 34, Madrid.—Cuesta un trimestre 24 reales, y 88 el año.

A todos los que deseen estar al corriente de los adelantos científicos é industriales, conviene suscribirse á la muy acreditada *Revista Popular de Conocimientos Útiles* que se publica en Madrid. Las suscripciones se hacen dirigiéndose al Administrador calle del Doctor Fourquet, 7.—Cuestan por un año 40 reales; seis meses 22; tres meses 1.

Regalo.—Al suscriptor por un año se le regalan 4 tomos, á elegir, de los que hayan publicados en la *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada* (excepto de los *Diccionarios*), 2 al de 6 meses y uno al de trimestre.

Teruel.—Imp. de la Beneficencia.